

El trabajo plástico de Carmen Bordes se ha enfocado principalmente en la gráfica, técnica que además de ser el vehículo de expresión que le ha permitido explorar temáticas diversas, mayormente relacionadas con recuerdos familiares y con la propia historia del arte, ha sido la base de su sustento personal y familiar, tanto desde la práctica personal como desde la enseñanza de diversas generaciones de jóvenes artistas que han confiado en su experiencia y dominio técnico.

Dentro del panorama de la plástica jalisciense, pertenece a una generación de destacados artistas que dejó una importante huella en el arte local durante las décadas de los ochenta y noventa del siglo pasado. Aun cuando no perteneció al grupo del Taller de Investigación Visual (TIV), en el que estuvieron figuras como Martha Pacheco, Javier Campos Cabello, Miguel Ángel López, Irma Naranjo y Salvador Rodríguez, entre otros, fue condiscípula de algunos de ellos y amiga de todos, con quienes convivió y compartió experiencias, lo que sin duda le dejó aprendizajes que catalizó en su obra.

Más allá de sus trabajos de gráfica y caballete, las tres pinturas y dibujos en gran formato que realizó, primero por gusto y luego por encargo, la han convertido en una especie de cronista gráfica del ambiente cultural e intelectual de Guadalajara. Por medio de esas obras ha dejado testimonio de tres momentos de la cultura local, ya que en ellas retrató a numerosos personajes que en las últimas tres décadas se han destacado en los ámbitos de la plástica, la literatura, la música, la arquitectura, el diseño, la investigación y otras disciplinas relacionadas con las artes.

Don Rosendo en la ronda nocturna es, quizás, el cuadro más representativo de esa tríada, cuya composición está basada en la obra *La ronda de noche* de Rembrandt, y en el que el contexto urbano elegido por la artista es la fachada del Centro Cultural Roxy, sitio que albergara exposiciones y conciertos memorables. Si Rembrandt en su obra retrató a prominentes miembros de la milicia holandesa que figuran de manera destacada en el cuadro, Carmen Bordes hizo lo propio en su versión, con las imágenes de Rogelio Flores, exdueño del Roxy, vestido de rojo; Jorge Álvarez, artista y galerista, al centro, y a su lado Carlos Ashida, añorado curador y galerista; al fondo a la izquierda, con saco negro y corbata, el también desparecido galerista Alejandro Gallo y, al extremo derecho, vestido de negro y con cuello blanco, el artista Alejandro Colunga. Carmen colocó algunos elementos simbólicos en manos de los personajes. Tanto a Alejandro Gallo como a Carlos Ashida los pintó portando sendas revistas de arte, para destacar el amplio conocimiento de los movimientos artísticos nacionales e internacionales que ambos poseían.

La segunda obra de esta serie tiene como fondo los edificios del Congreso, el Palacio de Justicia, el Teatro Degollado y el templo de San Agustín, por lo que es obvio señalar que el conglomerado de los personajes retratados ocupa la plaza de la Liberación, en una suerte de mitin pacífico de la comunidad artística e intelectual tapatía. Salvo por un discreto tono sepia en los edificios, los retratos están realizados en blanco y negro, de manera que en esta pieza prevalece el dibujo. Y para que no hubiera confusiones, la autora le puso el nombre a cada personaje. Cabe señalar que, en su afán de incluir a la mayor parte de los miembros destacados de la comunidad cultural, Bordes aprovechó hasta el más mínimo espacio e hizo una especie de pastiche con figuras que parecen recortadas y ensambladas, encerradas en su individualidad, y bajo una composición regida por dos bloques triangulares. Así que además de quienes aparecen en *Don Rosendo en la ronda nocturna*, obra de los noventa, aquí se incluye a personajes que fueron emergiendo y posicionándose en sus respectivas disciplinas durante los años posteriores.

La tercera pieza de la serie es más festiva y colorida, en la que muchos personajes sonríen. El escenario elegido por la artista no deja de ser curioso: el cruce entre la calle Robles Gil y la avenida Vallarta, cuyas casas siguen en pie. Y para que no quede duda de que la multitud pertenece a la comunidad artística y cultural, Carmen Bordes incluyó, casi en primer plano, la figura de la sibila líbica (o libia), obra de Miguel Ángel Buonarroti que se encuentra en la Capilla Sixtina, y sobre la cabeza de los retratados, flotando, la reproducción de una pieza del polémico artista estadounidense Jeff Koons. Asimismo, en el tronco del árbol, plasmó una escultura de Bernini. La misma pintora se retrató en esta obra: aparece en la parte inferior derecha, de espaldas, tomando una fotografía de los ahí reunidos con una cámara digital. Como se puede apreciar, los bloques de tres triángulos que forman los personajes proyectan sus líneas en zigzag y le imprimen dinamismo a la composición.

Los tres cuadros ofrecen múltiples lecturas, no solo la más obvia que es la identificación de las y los artistas representados. Son el testimonio de determinadas épocas por medio de los elementos que la autora incluyó: desde la bohemia de los cocteles en las inauguraciones de exposiciones de los ochenta y noventa, cuando se afianzaba el movimiento artístico y cultural tapatío, hasta el surgimiento de artistas de nuevas generaciones y la proliferación de agentes culturales que vendrían a ocupar cargos de promoción y gestión cultural en recintos oficiales y espacios independientes. Todas estas escenas están ubicadas en distintos contextos de una ciudad que ha venido experimentando cambios acelerados en su estructura urbana, y se configuran como documentos visuales que serán fuente de consulta para futuros investigadores del arte jalisciense.

En resumen, podríamos nombrar a estos cuadros como las *Rondas* de Carmen Bordes, pues representan tres momentos del día: la ronda nocturna en el Roxy, la ronda vespertina en la plaza de la Liberación y la ronda diurna en una esquina de la avenida Vallarta.

ENGLISH

Javier Ramírez